

## *Cuentan unos hombres*

**Guillermo Watson**

Guillermo Watson nació en Texas en 1927. Egresado del Seminario de los Misioneros Oblatos de María Inmaculada en San Antonio, prosiguió sus estudios de teología en Roma y se doctoró en la Universidad de Austin. Llegó a México en 1973 y aquí trabajó hasta 1980, sobre todo en labores educativas en la capital y en las misiones del área de Tehuantepec.

La orden de los oblatos fue fundada en 1816 por Charles Joseph Eugene de Mazenod, francés que sería declarado beato por el Vaticano. Las primeras incursiones misioneras que tuvieron en México fueron durante la segunda mitad del siglo XIX y alcanzaron Ciudad Victoria y Agualeguas; se les conocía como la Caballería de Cristo. En 1901 se inician en Oaxaca y en Puebla apoyados por el arzobispo Eulogio Guillow, de gran fortuna personal y reconocido poder político ante su amigo Porfirio Díaz. También obtuvieron los templos de San Jerónimo y San Felipe de Jesús en la Ciudad de México hasta 1914, año en que salieron del país por los conflictos revolucionarios. Fue hasta 1943 cuando vuelven, ahora a la capilla de La Guadalupe, en la colonia capitalina de San Rafael. En 1950 iniciaron el establecimiento de misiones en la región de Tehuantepec, siempre bajo la férula de su provincia madre ubicada en Texas. En 1980 había cerca de 30 oblatos en México.

Guillermo Watson escribe experiencias vividas entre los indígenas zapotecas, chontales y huaves de la zona istmeña, donde muchos ayudaron a las habilidades de “radiestesia” del padre Seidel, como en Huamelula; allí localizó agua en el subsuelo: “Para ello se corta una varita verde bifurcada en forma de Y con su corteza intacta. Luego se mantiene con la punta arriba y las dos ramas de la Y ligeramente curvas y cerradas, con



las palmas de la mano vueltas hacia adentro. Se recorre lentamente el terreno a explorar. Cuando se está por encima del agua o de un tesoro, la varita se tuerce.”

Otro colega de Watson, Joe Mosel, realizó una expedición para llegar a Santo Tomás Quieri: “Me dieron un nuevo caballo, pero el pobre no aguantó el peso de un gran ‘gringo’. En el camino perdimos una hora más al detenernos en otro poblado: Lachivía, porque la gente, al darse cuenta de la llegada de un ‘padrecito’, quiso –cada uno– besarle la mano... ceremonia que da pena a un norteamericano. Llegamos por fin a Quieri dos horas después de haberse puesto el sol. A la entrada del pueblo, me vino a recibir el presidente municipal con una banda de músicos rústicos y me condujo por la calle principal hasta la iglesia, donde me regalaron muchas flores (hasta los hombres me dieron ofrendas florales). Las vísperas fueron solemnes y duraron –con todo y banda– unos setenta y cinco minutos, cuando ya veinte podían ser demasiados. Además me pidieron les cantara *maidines*, pero aquí me impuse, sobre todo por el frío, el hambre y el cansancio del camino. Entonces se compadecieron de mí y me trajeron dos huevos y un café mezclado con tanto mezcal que era imposible de tragar. [...] A mediodía me trajeron un nuevo caballo, bastante grande esta vez, pero a mi juicio me pareció todavía no domado. Cuando lo monté dio un salto hacia atrás y se levantó sobre las dos patas. Lo intenté otra vez y monté al bronco unos diez segundos más; luego se rompió la corre de la silla y me lanzó hacia las nubes. Entonces hubo muchos aplausos y gritos de aprobación. ‘Fíjese padre, que es una bestia que nadie ha podido domar’. Y me buscaron otro animal.”

El propio Mosel relata sus vivencias en Tequisixtlán, de la misma zona: “El centro de las dos grandes devociones populares en ‘Tequis’ está dirigido hacia ‘La Virgen’ María Magdalena y ‘San José Borracho’. Este último es en realidad una estatua de nuestro Señor de la Resurrección, que por costumbre cada noche del Sábado de Gloria lo sacan de la iglesia en procesión y extienden el desfile por todo el pueblo. En ‘devoción’, todo



el pueblo se emborracha. Hay también otras dos estatuas muy veneradas: ‘La Virgen San Miguel’ y ‘La Virgen San Sebastián.’”

Singular ofrecimiento de las autoridades zapotecas de Tequis, le fue hecho a Mosel: “Una cosa curiosa es que el presidente pasó a verme un día con la proposición de que una de las maestras de la escuela habitara conmigo en el curato.”

Entre los indios huaves de San Mateo del Mar, misionó el oblato Roberto Biasioli: “¿Por qué no quieren ampliar el panteón?” –le pregunté a uno de ellos–, ‘no se puede, padre’ –me respondió–, ‘¿y por qué no?’ –insistí–. ‘Porque si lo hacemos más grande – agregó el indígena– va a morir más gente.’”

Él mismo escribía este otro incidente acerca de una enfermedad huave: *el espanto*: “Llamaron al médico y a un servidor para atender a un niño enfermo que vivía a unos kilómetros del pueblo y que había sido *espantado* por el ‘remolino del diablo’. Le administramos lo que necesitaba: la confesión y el consuelo por parte mía y unas vitaminas por parte del doctor. Cuando nos fuimos, las personas mayores de la familia consultaron entre sí y decidieron llamar también al espiritista. Cuando regresamos después de ocho días encontramos al niño totalmente cubierto de arena caliente y casi muerto de hambre. Lo habían mantenido así, sin alimentos, durante toda la semana para curarlo del *espanto*.”

Fuente: Iturriaga, José N. *Viajeros Extranjeros en el Estado de Oaxaca (Siglos XVI-XXI)*. Seculta, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Oaxaca, Oax. 2009, pp. 271-272.

